

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA DINÁMICA CONTESTATARIA

El contemporáneo “malestar en la cultura”, el desfundamiento de las antiguas certezas, la rusticidad política que prevalece por doquier, el desencantamiento del mundo, la muerte de los dioses seculares y la entronización del consumo, sucesor de la alegría y placebo del test de la felicidad, ha encontrado expresiones inesperadas y nuevos modos para la protesta social global, que recorre no tan fantasmagóricamente el mundo entero, sin líderes memorables, sin partidos proféticos o taumatúrgicos, sin estructura burocrática, sin consignas indiscutibles, sin tapujos, un Quijote sin Sancho, sin dogma y sin Dios.

Se ha querido interpretar la insurrección social actual como expresión de la energía irreprimible de la sociedad civil harta de inequidades, ahíta de la ineficacia de sus representantes políticos, irritada por el sinnúmero de dimisiones morales de sus líderes religiosos y de las elites en que confiaba hasta hoy incrédula de la democracia electorera, del libre mercado, de la desigualdad, como fatalidad entristecida sangrientamente por la violencia cotidiana, indignada en todos los frentes de lucha, cólera que no cesa, como no cesa el oprobioso desdén de los poderes por el ciudadano de a pie.

Dicha “sociedad civil” emergente inició su marcha decisiva en 1989, doscientos años exactos después de la Gran Revolución, triunfando sobre el sojuzgamiento de Hungría, Polonia, Rumania, Alemania y Checoslovaquia. En esos ámbitos la sociedad venció al Estado, convertido para entonces en recurso privado exprimido por una elite insensible, extraviada entre frivolidades, incrédula hasta de ella misma y del oprobioso sistema a su cuidado.

La eclosión de la sociedad civil, habida cuenta de las experiencias históricas de desobediencia civil,⁵²⁰ ha sido objeto de atención creciente, no sólo de los políticos a los que irrita, sino de parte también de los especialistas en fenómenos sociales: sociólogos, antropólogos, comunicólogos, politólogos y juristas, y la literatura correspondiente es ya abundante y diversificada. Aquí solamente se dicen cosas básicas al respecto, pues un análisis detenido exigiría otro libro, distinto al que el lector tiene ahora entre sus manos.

⁵²⁰ *Vid. ut supra.*

Dos caracterizaciones ayudarán a comprender el fenómeno de la irrupción de los grupos disidentes y su eficacia indudable: la de John Hall: “La sociedad civil fue vista como lo opuesto al despotismo, un espacio en el cual los grupos sociales pudieran existir y moverse en mejores y más tolerables condiciones de existencia”, y la de René Gallissot: “En el ámbito de los movimientos, de la agitación y de la acción emancipadora, cuyo fin es romper con las situaciones de opresión y en nombre de la democracia, *la fórmula sociedad civil*, tiene como utilidad inmediata legitimar la protesta”.⁵²¹

Para Habermas, esos movimientos, doscientos años después de la toma de La Bastilla, fueron una “revolución recuperante” de los ideales de 1789, y, según Vaclav Havel, expresaron “el poder de los sin poder”, el poder de lo moralmente debido, el de “vivir en la verdad”. Walesa y el *Solidarnosc*, enraizado en la sociedad polaca, obliga a Jeruzelski a ceder el poder mediante elecciones libres.

Otro ejemplo de expresión civil que se salió del control de los aparatos de seguridad del Estado fue el del rotativo húngaro *Beszélő* (El vocero) en 1980. La figura central fue la del catedrático János Kis. La estrategia fue hacer de la cultura el arma de combate contra el régimen de János Kadar y el programa de lucha se cobijó bajo el lema ‘Por un nuevo contrato social’, es decir, democratización y autodeterminación.⁵²²

En la Alemania de Honecker —reseña Fernández Santillán—, la lucha adoptó otras formas: manifestaciones semanales, desde 1982, frente a la iglesia de San Nicolás de Leipzig y fugas masivas clandestinas hacia Europa occidental, mientras otros, también insurgidos, coreaban el lema “Aquí nos quedamos y aquí lucharemos”, lucha que se condensó en la constitución de una plataforma política pluralista y democrática, el *Neuest Forum* (Foro Nuevo), que arranca el edicto histórico a la dictadura de Egon Krenz: “Los viajes al extranjero pueden ser efectuados sin trámite o requisito alguno”, resultado en el que también contó la política de apertura y transparencia de Gorbachov.

El sustrato teórico de esos y otros movimientos es plural aun cuando tenga a Jürgen Habermas, heredero de la Escuela de Frankfurt, como su más conspicuo gurú.

En la elaboración conceptual de éste hay la noción de esfera pública como categoría fundamental (*burgerliche Öffentlichkeit*), el espacio que en el siglo XVIII pudo conquistarse y ampliarse, en contra del absolutismo, para

⁵²¹ Fernández Santillán, José, *El despertar de la sociedad civil*, México, Océano, 2012, p. 188.

⁵²² *Ibidem*, p. 192.

crear y darle forma a la opinión pública, distinta de la opinión privada e individual. El origen remoto de la esfera pública se sitúa en los orígenes —dice Fernández Santillán— de la civilización grecolatina con una distinción básica:

la esfera de la *polis*, común para los ciudadanos libres fue separada de la esfera de la *oikos* en la que cada individuo está en su propia esfera, *idia*. La esfera pública se configuró en la discusión (*lexis*) que pudo asumir la forma de consulta o quedar plasmada en la formación de la ley, así como en el terreno de las acciones comunes (*praxis*) de la guerra o de las competencias atléticas (Habermas).

Esta distinción se hizo explícita en el mundo moderno cuando apareció la diferencia entre las garantías de libertad, de cuño liberal, y la garantía de participación, de hechura democrática. Sin embargo, siglos más tarde, con el nacimiento de la modernidad, la esfera pública ya no se plantea como participación directa en el poder, sino como vigilancia y crítica *frente* al poder:

*La esfera pública no es el Estado; más bien es un cuerpo informalmente movilizado de una opinión discursiva no gubernamental que puede servir de contrapeso al Estado. Es precisamente este carácter extragubernamental de la esfera pública el que le confiere un aura de independencia, autonomía y legitimidad a la opinión pública generada en esa esfera pública.*⁵²³

El principio de publicidad fue asumido en oposición a la práctica del principio de la *Ragionne di' Stato*, los nefastos *Arcana Imperii*.⁵²⁴

Esencial en la constitución de dicha esfera pública es ser un espacio de discusión crítica, en el que los méritos de los argumentos y no la identidad de quienes argumentan sea lo que importe.

Habermas usa a Guizot⁵²⁵ para describir el gobierno de la opinión pública:

Hay que impulsar al conjunto de los ciudadanos incesantemente y en toda ocasión a buscar la razón, la justicia y la verdad que deben regular el poder. El sistema representativo procede de la siguiente manera: a) por medios de la discusión, que obliga a los poderes existentes a buscar la verdad en común; b) por medio de la publicidad, que hace a estos poderes ir al encuentro de la ra-

⁵²³ *Ibidem*, p. 199.

⁵²⁴ Carrillo Prieto, *Arcana Imperii*, México, Inacipe, 1987, *passim*. Hay una 2a. edición actualizada, publicada por Porrúa en 2015.

⁵²⁵ Carrillo Prieto, *Derechos...*, *cit.* el capítulo sobre Guizot.

zón, la justicia y la verdad bajo el escrutinio de los ciudadanos, y c) por medio de la libertad de prensa, que estimula a los ciudadanos a esa misma búsqueda y a plantearse al poder.⁵²⁶

No todo puede ser pulcro y prístino: “el enlace entre el debate público y la formación de la voluntad política sufre una desviación, la manipulación de la opinión pública y los comerciales”. La publicidad pierde su función crítica a favor del escaparate, incluso los argumentos son transmutados en símbolos a los que uno no puede responder con razonamientos sino tan sólo identificándose con ellos. Así, es preciso, ante todo, “descolonizar” el territorio de la esfera pública de invasores políticos o económicos, desfigurantes y entorpecedores. “Los medio de comunicación no lingüísticos, como el de espacios y en el tiempo en redes cada vez más complejas sin que estas deban ser controladas ni responsabilizadas”.

El desafío es impulsar medios como la reputación y el compromiso a fin de promover procesos de entendimiento, más allá de los intereses mercantiles y de las ambiciones del poder. Se formarían entonces esferas públicas de comunicación para activar la cultura, la integración social y la plasmación de personalidades.⁵²⁷

Plantear esa vía conlleva descartar la marxista y la del socialismo real, de elemental y férreo dogmatismo, desgastada antigualla y sucio su precepto absolutista de que la acción política sólo puede ser juzgada por sus resultados, independientemente de los medios por los cuales hayan sido alcanzados dichos frutos, la cínica coartada para crímenes monstruosos que sólo habrían de causar reprobación y vergüenza, a pesar de que miles de adictos creyeran entonces que la Unión Soviética era la patria mundial de los hombres libres, venerada por ellos con el más patético de los sentimentalismos, puesto que la mayor parte de los simpatizantes la veían desde afuera, sin sufrirla en carne propia, llegando inclusive a festejar el asesinato artero de Trotsky como un triunfo histórico sobre el capitalismo nefando. La socialdemocracia, en cambio, optó por la vía parlamentaria, renunciando a la violencia en la lucha por el poder político, garantizando la democracia electoral, la economía de mercado y el *Welfare State*.

El procedimiento racional-dialógico no será protagonizado ya por los sujetos históricos, trabajadores y capitalistas, sino por los individuos y sus organizaciones; los socialdemócratas tuvieron el tino de establecer vedas a la intrusión del mercado en áreas que no lo admiten por su propia naturaleza.

⁵²⁶ Fernández Santillán, *op. cit.*, p. 203.

⁵²⁷ *Ibidem*, p. 216.

Hay, según Habermas, otra vía:

El mundo de la vida es, por decirlo de algún modo, el lugar trascendente en el cual el que habla y el que escucha se encuentran; es la sede en la que puede plantearse, recíprocamente, la pretensión de que las expresiones se armonicen con el mundo y en la que los hombres puedan criticar y confirmar estas pretensiones de validez, expresar el propio disenso y alcanzar el acuerdo.

Hoy, los problemas comunes han de enfrentarse recurriendo a la generalización de intereses de manera discursiva. Para ello, en el plano del debate político, surge una doble crítica: de una parte, ante el fracaso del socialismo autoritario; de otra parte, en función de los errores de proyección e instrumentación del Estado benefactor.

Hay que replantear las propuestas político-económicas desde una crítica al capitalismo salvaje; *corregir el error (interesado) de transferir los efectos negativos del mercado a la sociedad en forma de desigualdades*. El subsistema económico no puede ser visto como materia sagrada e intocable, sino como uno de los componentes que, a semejanza de otros, puede ser sometido a escrutinio y corrección. Simple y sencillamente, hay temas sociales que no pueden manifestarse (correctamente) en términos de *precios*.⁵²⁸

Jean L. Cohen y Andrew Arato ofrecen una reformulación interesante en *Sociedad civil y teoría política*:

La utopía de la sociedad civil que hemos tratado hasta ahora y la estructura de los derechos implicada, no equivale a ninguna de las que se encuentran en las Constituciones de hoy en día. Los principios legitimadores de la democracia y los derechos son compatibles sólo con un *modelo de sociedad civil que institucionalice la comunicación democrática en una multiplicidad de públicos* y defienda las condiciones de autonomía individual liberando a la esfera íntima de todas las formas tradicionales, así como de las modernas, de desigualdad y carencia de libertad. *El modelo de derecho que requerimos ubicaría a los derechos de la comunicación (la esfera pública) y a los derechos de la esfera íntima (o privada) en el centro del catálogo de libertades constitucionales*. Estas libertades tendrían prioridad sobre todos los derechos políticos, económicos y sociales, que sólo constituirían sus prerequisites. El establecimiento de ese catálogo sin duda significaría la institucionalización de un nuevo modelo de sociedad civil.⁵²⁹

Si el Estado benefactor —comenta Fernández Santillán— significó la colonización de la sociedad civil por el Estado, el modelo neoliberal impulsó la colonización de la sociedad civil por el mercado, con la consecuente

⁵²⁸ *Ibidem*, pp. 222 y 223.

⁵²⁹ *Ibidem*, pp. 237 y 238.

destrucción, bajo criterios monetaristas y represivos, de muchas de las instituciones y potencialidades culturales de la sociedad civil.⁵³⁰ Además, no pueden ser soslayados los “impulsos punitivos contra todo aquel que quiso levantar demasiado la cabeza contra reimplantación del manchesterismo”. Esa historia mezquina está por escribirse.

La “tesis conclusiva” a la que llega la docta monografía de Fernández Santillán, es que “la cultura política que se requiere para sostener la democratización y para evitar los ciclos destructivos, no puede ir muy lejos si no se institucionaliza la sociedad civil en una «fase constitutiva»”.

Respecto de la “fase constituida”, Cohen y Arato sostienen:

La sociedad civil que se necesita para reproducir la cultura política democrática puede ser desarrollada y defendida sólo por medio de un doble proceso que limite las tendencias colonizadoras del Estado administrativo y de la economía de mercado, y que establezca nuevas formas de control social sobre estos subsistemas. En consecuencia, *la influencia de la sociedad civil sobre la economía y la política pasa a ocupar un lugar de primera importancia en el proceso de democratización.*⁵³¹

En *El protocolo socrático del liberalismo político*,⁵³² breve compendio de su extensa reflexión, Norbert Bilbeny da cuenta de una línea de pensamiento interesante: el “comunitarismo”, adversa a la *political education* socrática que el autor propugna.

Bilbeny examina la tesis de Taylor, originalmente rousseauniana,⁵³³ que postula que la identidad, individual o grupal, demanda el reconocimiento (*recognition*) de su propia originalidad por parte de otros, originalidad que no le viene de fuera al individuo o al grupo, sino generada por ellos mismos, aunque no de manera *monológica*, sino dialógica, con el lenguaje y la interacción comunitaria (bajo el Gran Árbol del “Dicours” de Jean-Jacques).⁵³⁴

La tesis rousseauniana fue desarrollada por Hegel en la *Fenomenología*: si bien todos necesitamos ser reconocidos, “un *reconocimiento igual* no es modo más apropiado de contribuir a una sociedad aceptable por todos”; se requiere de alguna modulación que distinga y valore las diferencias en función de la identidad y de la autenticidad de grupos e individuos. Junto a una política universalista de igual dignidad, para dotar a todos de iguales derechos y

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 239.

⁵³¹ *Idem*.

⁵³² Bilbeny, Norbert, *El protocolo socrático del liberalismo político*, Madrid, Tecnos, 1999.

⁵³³ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

⁵³⁴ Bilbeny, Norbert, *op. cit.*, *passim*.

libertades, como piden los liberales de corte socrático, hay que propugnar una *politics of difference* a fin de reconocer la identidad única de cada persona o grupo, factor olvidado, según Taylor, por el liberalismo individualista y su tesis de la *assimilation* en un todo uniforme.

La recognition comunitarista es por el contrario, favorable a tener en cuenta las identidades (como las de muchas comunidades mexicanas, mayoritariamente indígenas) para evitar que una política, en principio igualitarista en derechos y libertades, acabe propiciando ciudadanos de segunda clase, olvidando sus particularidades, obviedad que, sin embargo, no puede aún ser asumida plenamente en praxis política.

Tampoco hay por qué disociar el *demos* universalista del *ethnos* particularista en la política del reconocimiento ciudadano; todo lo contrario: cada uno de los planos demanda desarrollarse como complementario al otro. Lo universalista es reconocer que lo realmente universal es el hecho de la identidad original del sujeto (persona o comunidad); es decir, asumir lo universal de las diferencias que, empero, se articulan entre sí.

“Lo universal bien entendido es aquello que admite y promueve lo particular y específico”. Es, de cierta forma, el viejo principio aristotélico de tratar a los iguales igual y desigual, a los desiguales.

Debe refutarse, según Taylor, un *blind liberalism* que practica una *blind nondiscrimination*, pues a la postre resultará inconsistente. En consecuencia, una política democrática y liberal ha de implantar medidas de discriminación inversa que hagan frente a la discriminación negativa y antiliberal; de otro modo resulta falaz el universalismo liberal venido de aquella original *assimilation*.

Walzer, en escolio a lo de Taylor (*What it means to be an American*) precisa los límites del comunitarismo, pues la ciudadanía se construye⁵³⁵ sin considerar las particularidades de tipo racial, cultural o religioso; la sociedad anglosajona norteamericana es claramente una sociedad civil abierta y activa, pero con una ciudadanía débil. Walzer propone una ciudadanía fuerte, actualmente comprometida, y a la que resulte repugnante la ideología del individualismo extremo, destructora del sentido colectivo y de la cultura.

Los ideales de la ciudadanía no constituyen, hoy por hoy, una totalidad coherente ni estimuladora de la participación, porque la ideología liberal individualista que los inspira es inasequible al reconocimiento del valor de la *commonality* que debería constituir su trama. En último término, la homo-

⁵³⁵ Carrillo Prieto, *La construcción del ciudadano*, México, Instituto Tecnológico de Monterrey, 2012.

geneidad política consagrada por los liberales es escasamente liberal. Sandel, por su parte, subraya que el yo liberal se concibe libre e independiente, dotado para ejercer el principio de respeto igual para todos; pero es un yo *unencumbered* (descargado) de todo rasgo cultural constitutivo, y se priva a sí mismo de la *membership* (pertenencia) comunitaria, que es imprescindible para garantizar su promesa de libertad e igualdad, que debiera estar apoyada en un proyecto formativo del carácter y de las virtudes de los ciudadanos a fin de recuperar el sentido de la *public life* efectiva. De otro modo, habría contradicción en dicho liberalismo (*Tea Party, for example?*).

Sandel defiende el comunitarismo de una *civic republic*, cuyo régimen ha de ser precisamente *cívico* y no meramente procedimental, el que sólo ha de conducir a la discapacidad del poder político (*desempowerment*) y al empobrecimiento de la vida moral y cívica.

La Suprema Corte de Estados Unidos —según él— se ha inclinado, decidida y peligrosamente, en esa dirección errónea, al defender el carácter neutral del gobierno respecto de las concepciones particulares que del bien tienen los ciudadanos, percibidos como “descargadas” de identidad cultural y de lazos comunitarios y sin apelación posible al sentido de la comunidad ni a los particulares rasgos de las personas, importantes tanto como los principios individuales abstractos del contrato político, enfatizando, en cambio, la *privacy* (intimidad), que es lo más alejado que hay de la vida pública, clamando por la no intromisión gubernamental respecto de ciertas conductas e identificando equivocadamente la *privacy* con la autonomía moral y política del individuo, cuya voluntad se reputa más importante que sus lazos cívicos y comunitarios.

De ahí la necesidad de una *public philosophy* que fundamente y racionalice el “fondo moral” y cívico de la república democrática, abismada hoy en día en ansiedad y descontento a causa de un doble fracaso, comunitario y político.

“Ni la América actual —concluye Sandel— ni la Atenas de Sócrates han sido sociedades culturalmente homogéneas; la capacidad para vivir en la diversidad sin renunciar a nuestras lealtades ni faltar al respeto de las ajenas, que la virtud nos permite desarrollar, es requisito esencial de toda democracia contemporánea”.⁵³⁶

Pronto vendrían Kymlicka a contradecirlo y Roty a “parroquializar” el problema, trivializándolo en nombre de una dizque vulnerable tradición, retrógrada, legendaria y finalmente paralizante, como lo muestra la historia.

⁵³⁶ Citado por Bilbuny, *op. cit.*, p. 81.

Es la de Rotry una visión monocultural (Occidente), excluyente en las antípodas del liberalismo socrático, que cuenta con el yo deliberador, la razón pública, el carácter moral, el liderazgo y la preocupación central por una educación política, cosas que no le interesan al “irónico” profesor últimamente nombrado aquí, a quien sólo le importa “ser fiel a su comunidad tradicional”, expresión oscura y equívoca y que suscita más problemas que los que pretende resolver el patrioter fervoroso de “barras y estrellas”, único horizonte, encantador e idílico.

Ocurrió cuando nadie lo esperaba. En un mundo presa de la crisis económica, el cinismo político, la vaciedad cultural y la desesperanza, simplemente ocurrió. De pronto, la gente derrocaba dictaduras sólo con sus manos, aunque estuvieran cubiertas con la sangre derramada por los caídos. Los magos de las fianzas pasaron de ser objeto de envidia pública a objetivo del desprecio universal. Los políticos quedaron en evidencia como corruptos y mentirosos. Se denunció a los gobiernos. Los medios de comunicación se hicieron sospechosos. La confianza se desvaneció. Y la confianza es lo que cohesiona a una sociedad, al mercado y a las instituciones. Sin confianza, nada funciona. Sin confianza el contrato social se disuelve y la sociedad desaparece, transformándose en individuos a la defensiva que luchan por sobrevivir.

Sin embargo, en los márgenes de un mundo que había llegado al límite de su capacidad para que los seres humanos convivieran y compartieran la vida con la naturaleza, los individuos volvieron a unirse para encontrar nuevas formas de ser nosotros, el pueblo.⁵³⁷

Así se abre, elocuente obertura, la brillante y hoy imprescindible reflexión del prestigiado profesor catalán, Manuel Castells, catedrático del MIT, sobre el fenómeno social más promisorio e inquietante de estos últimos años, los movimientos colectivos energizados por las redes de Internet. El mecanismo tomó altura insospechada y sobrevoló el mundo entero

fundamentalmente por el cinismo y arrogancia de los poderosos, tanto en el ámbito financiero como político y cultural, lo que unió a aquellos que transformaron el miedo en indignación y la indignación en esperanza de una humanidad mejor... El lema del 99% cuyo bienestar se había sacrificado en interés del 1% que controla el 23% de la riqueza del país, se convirtió en el tema dominante de la vida política estadounidense.

El 15 de octubre de 2011, una red global de movimientos de ocupación bajo la bandera de *Unidos por un Cambio Global*, movilizó a millones de perso-

⁵³⁷ Castells, Manuel, *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, p. 19.

nas en 951 ciudades de 82 países del mundo, reivindicando justicia social y democracia auténtica.⁵³⁸

Castells advierte:

Las relaciones de poder constituyen el fundamento de la sociedad porque los que ostentan el poder construyen las instituciones de la sociedad, según sus valores intereses. El poder se ejerce mediante la coacción (el monopolio de la violencia, de la fuerza, legítima o no, por el control del estado) y *la construcción de significados* en las mentes a través de mecanismos de manipulación simbólica.

Las relaciones de poder están incorporadas en las instituciones de la sociedad y, especialmente, en el Estado. Sin embargo, como las sociedades son contradictorias y conflictivas, donde quiera que haya poder hay también *contrapoder, la capacidad de los actores sociales para desafiar al poder incorporado en las instituciones de la sociedad con el objetivo de reclamar la representación de sus propios valores e intereses*. Todos los sistemas institucionales son un reflejo de las relaciones de poder, así como de los límites de esas relaciones de poder, negociadas en un proceso histórico interminable de conflictos y acuerdos. La configuración propiamente dicha del Estado y otras instituciones que regulan la vida de la gente, depende de esta interacción constante entre poder y contrapoder.⁵³⁹

La conclusión es la vía de acceso a la interpretación del fenómeno sociocibernético de esta insurgencia mundial: “La lucha de poder fundamental es la batalla por la construcción de significados en las mentes”. Añádase que para la sociedad, en sentido amplio, la principal fuente de producción social de significado es el proceso de comunicación socializada.

La comunicación socializada es aquella que existe en el ámbito público más allá de la comunicación interpersonal. En los últimos años el cambio fundamental en el mundo de las comunicaciones ha sido el nacimiento de lo que Castells llama *autocomunicación de masas*: el uso de Internet y de las redes inalámbricas como plataformas de comunicación digital.

Es comunicación de masas, porque procesa mensajes de muchos para muchos, y potencialmente puede llegar a numerosos receptores y conectarse a incontables redes que transmiten información digitalizada en un barrio o por todo el mundo.

Es autocomunicación, porque el emisor decide el mensaje de forma autónoma, designa a los posibles receptores y selecciona los mensajes de las redes de comunicación que quiere recuperar.

⁵³⁸ *Ibidem*, p. 21. El adelanto, la espléndida monografía guiará estas líneas.

⁵³⁹ *Ibidem*, pp. 22 y 23.

La autocomunicación de masas se basa en redes horizontales de comunicación interactiva, que en gran medida los gobiernos y las empresas tienen dificultad para controlar, y proporciona la plataforma tecnológica para la construcción de la autonomía del actor social, ya sea individual o colectivo, frente a las instituciones de la sociedad. Por eso los gobiernos tienen miedo de Internet, y las empresas mantienen una relación de amor y odio concomitantes con la red e intentan obtener beneficios al tiempo que limitan su potencial de libertad⁵⁴⁰ (por ejemplo, controlando el libre intercambio de archivos o las redes de código abierto).

Las redes de comunicación —concluye Castells— son fuente decisiva de construcción de poder. Todas las redes (la política, la de producción cultural, la militar y de seguridad, la de la delincuencia organizada, la de producción y aplicación de la ciencia, la tecnología y la de gestión del conocimiento) tienen un interés común: controlar la capacidad de definir las reglas y normas de la sociedad en un sistema político que responda fundamentalmente a sus intereses y valores.

Mientras que las redes de comunicación procesan la construcción de significado de las demás redes de poder, ¿quién ostenta el poder en la sociedad real?: los *programmers*, con capacidad para programar cada una de las redes principales de las que depende la vida de la gente (gobierno, parlamento, ejército, y policía, finanzas, medios de comunicación, instituciones científicas y tecnológicas, etcétera), y los *switchers*, que conectan diferentes redes (magnates de los medios de comunicación introducidos en la clase política, elites financieras que financian a las elites políticas, elites políticas que rescatan a las instituciones financieras, corporaciones mediáticas entrelazadas con corporaciones económicas, instituciones académicas financiadas por grandes empresas, etcétera).

Si el poder se ejerce mediante la programación y la conexión de redes, entonces el contrapoder, el intento deliberado de cambiar las relaciones de poder, se activa mediante la reprogramación de redes en torno a intereses y valores alternativos o mediante la interrupción de las conexiones dominantes y la conexión de redes de resistencia y cambio social.

Los ciudadanos de la era de la información pueden inventar nuevos programas para sus vidas con los materiales de sus sufrimientos, de sus miedos, de sus sueños y de sus esperanzas; luchan contra el poder establecido identificando las redes de la experiencia humana. Los movimientos sociales ejercen el contrapoder construyéndose en primer lugar a sí mismos me-

⁵⁴⁰ Hubo aquí un senador que lo intentó entre rechiflas universales que prefirió irse a gobernar Hidalgo y dejar la cosa en paz.

diante un proceso de comunicación autónoma, libre del control del poder institucional.

Las redes sociales digitales ofrecen la posibilidad de deliberar y coordinar acciones sin trabas. Necesitan establecer un espacio público, creando comunidades libres en el espacio urbano.

Como el espacio público institucional —el espacio designado constitucionalmente para la deliberación— está ocupado por los intereses de las elites dominantes y sus redes, los movimientos tienen que labrarse un nuevo espacio público que no se limite a Internet, sino que se haga visible en los lugares donde se desarrolla la vida social. Por eso ocupará el espacio urbano y los edificios simbólicos (táctica que toma de Lenin y de Malaparte).

Dichos espacios crean comunidad basada en el compañerismo,⁵⁴¹ mecanismo psicológico fundamental para superar el miedo. Y superar el miedo es el umbral fundamental que deben cruzar los individuos para comprometerse en un movimiento social, ya que saben que tendrán que enfrentarse a la violencia si traspasan los límites establecidos por las elites dominantes para mantener su dominio. Al tomar y ocupar el espacio urbano, los ciudadanos recuperan su propia ciudad, una ciudad de la que fueron expulsados por la especulación inmobiliaria y la burocracia municipal. El control del espacio simboliza el control de la vida de la gente. En nuestra sociedad, el espacio público de los movimientos sociales se construye como espacio híbrido entre las redes sociales de Internet y el espacio urbano ocupado, conectando el ciberespacio y el espacio urbano en una interacción incesante y construyendo tecnológica y culturalmente comunidades instantáneas de prácticas transformadoras, espacio de comunicación autónomo.

La autonomía de la comunicación es la esencia de los movimientos sociales, porque es lo que permite la formación del movimiento y lo que hace que éste se relacione con la sociedad en general, más allá del control del poder de comunicación por parte de los poderosos.

Desde el punto de vista de los individuos, los movimientos sociales son movimientos emocionales. El big bang de un movimiento social empieza con la transformación de la emoción en acción. Según la teoría de la inteligencia afectiva, las emociones más importantes para la movilización social y el comportamiento político son el miedo (emoción negativa) y el entusiasmo (emoción positiva).

Los individuos se muestran entusiasmados cuando se movilizan por un objetivo que les importa. Ésta es la razón por la que el entusiasmo está directamente relacionado con otra emoción positiva: la esperanza.

⁵⁴¹ Los nuevos *compagnons* de Proudhon.

La esperanza proyecta el comportamiento hacia el futuro. Como una de las características diferenciadoras de la mente humana es su capacidad para imaginar el futuro, la esperanza es un ingrediente fundamental para apoyar la acción de búsqueda de objetivos. No obstante, para que surja el entusiasmo y la esperanza, los individuos tienen que superar la emoción negativa de la ansiedad, que lleva al miedo y tiene un afecto paralizante. La superación de la ansiedad es resultado de otra emoción negativa: la ira. La ira aumenta con la percepción de una acción injusta y con la identificación del agente responsable de ella. Si muchos individuos se sienten humillados, explotados, ignorados o mal representados, estarán dispuestos a transformar su ira en acción en cuanto superen el miedo mediante la manifestación extrema de la ira en forma de indignación cuando tienen noticia de que alguien con quien se identifican ha sufrido algo insoportable. Esta identificación se consigue mejor compartiendo sentimientos en una forma de compañerismo que se crea en el proceso de comunicación. Cuanto más rápido e interactivo sea el proceso de comunicación, más probable es que se forme un proceso de acción colectiva, arraigada en la indignación, impulsado por el entusiasmo y motivado por la esperanza.

Cuanto más interactiva y autoconfigurable sea la comunicación, menos jerárquica es la organización y más participativo el movimiento. Por eso, los movimientos sociales en red de la era digital representan una nueva especie de movimiento social.

¿Cuál es el papel de las ideas, ideologías y propuestas programáticas consideradas tradicionalmente como la materia de la que está hecho el cambio social? En realidad son materiales indispensables para el paso de la acción impulsada por las emociones a la deliberación y la construcción de proyectos. Su incorporación a la práctica del movimiento también es un proceso de comunicación, y la forma en que esté construido este proceso determinará el papel de estos materiales ideacionales en el significado, evolución e impacto del movimiento social. Cuanto más se generen las ideas dentro del movimiento a partir de la experiencia de sus participantes, más representativo, entusiasta y prometedor será aquél, y viceversa.

Para que las redes de contrapoder prevalezcan sobre las redes de poder incorporadas en la organización de la sociedad, tendrán que reprogramar la política, la economía, la cultura o cualquier otra dimensión que pretendan cambiar, introduciendo en los programas de las instituciones, así como en su propia vida, otras instrucciones, entre las que se encuentra, en algunas versiones utópicas, la regla de no regular nada. Además, tendrán que activar las conexiones entre distintas redes de cambio social; por ejemplo, entre redes prodemocráticas y redes de justicia económica, redes feminis-

tas, redes de conservación del medio ambiente, redes pacifistas, redes por la libertad.⁵⁴²

Sidney Tarrow ha disectado los movimientos sociales y la reacción colectiva en *El poder en movimiento*,⁵⁴³ del que nos valemos aquí selectiva y conclusivamente.

Una primera constatación es indispensable: la acción colectiva no es consecuencia automática de los agravios, sino que precisa de decisiones individuales. Luego, no hay fatalidades inexorables ni leyes inmutables de las revoluciones que no presten a cálculos, marx-leninistas o no. Hay, invariablemente, un momento voluntarista en ellas, y no sólo un examen racionalista del estado de cosas que los preceden.

Es preciso reconocer, asimismo, que existen una variedad de incentivos para motivar la participación en la acción colectiva, que puede ser subdividida en cuatro especies: de mercado, contractual, comunal y jerárquica. Tarrow sostiene que *los ciclos de protesta tienen algo de la lógica de los ciclos económicos*, cuya dinámica puede entenderse, en parte, por la competencia entre los grupos que desafían al orden a fin de conseguir simpatizantes. Es importante también poner atención a la *narrativa*, el modo en que los agentes definen sus situaciones. El atractivo, y también el peligro, del constructivismo social es que desvía la atención de los contextos de la construcción de significados de las redes sociales y las estructuras de conexión y de los importantes vínculos entre las experiencias vividas y las imaginadas. Mucho antes de la aparición de los movimientos sociales modernos, la acción colectiva adoptó múltiples formas, entre las que se incluían alzamientos, revueltas, revoluciones y guerras civiles y religiosas. Para crear los movimientos sociales, sus organizadores debieron generar “puntos focales”.

El movimiento social no fue resultado automático de la modernización, sino que surgió del largo y tormentoso proceso interactivo de la formación del Estado y la ciudadanía, así como de la difusión de dichas formas de interacción a lo largo del tiempo y del espacio nacional. Los conflictos y deserciones en el seno de los movimientos sociales, así como sus confrontaciones con el Estado, son consecuencia, en parte, del intento de mantener el impulso del movimiento mediante nuevas y más audaces acciones colectivas y el equilibrio dinámico entre moderados y radicales dentro del círculo de activistas.

⁵⁴² Castells, Manuel, *op. cit.*, pp. 19-34.

⁵⁴³ Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 273-291. Es obra fundamental para el tema.

Uno de los principales factores que distinguen a los movimientos con éxito de los que fracasan es una mayor o menor capacidad de vincular sus puestos heredados al imperativo del activismo. Un movimiento se mantiene como resultado de un delicado equilibrio entre asfixiar su poder por exceso de organización y dejarlo libre para que se desgaste inútilmente por la tiranía de la descentralización.

Los repertorios, los marcos culturales y las estructuras de movilización de la acción colectiva sólo son fuentes potenciales de poder. Pueden emplearse —afirma Tarrow— con la misma facilidad para el control social que para la rebelión. En estos crisoles de conflicto e innovación los movimientos no sólo sacan partido a las oportunidades disponibles; las crean para otros, generando nuevas formas de acción, instaurando nuevos “marcos de referencia” y formando coaliciones que obligan al Estado a responder al desorden que le rodea. La respuesta es, con frecuencia, represiva; pero incluso la represión va a menudo combinada con reformas.

La reforma es una respuesta habitual por parte de los gobernantes cuando se encuentran en una posición vulnerable, especialmente cuando las elites del sistema ven la oportunidad de explotar la situación en su beneficio, aliándose con los disidentes (por ejemplo, algunos intelectuales en México, seducido por el echeverrismo).

Cuando el conflicto se desinfla y los militantes se retiran a lamerse las heridas, muchos de sus avances quedan sin efecto, pero dejan a su paso un aumento de la participación, cambios en la cultura popular y redes residuales del movimiento.

Los ciclos de acción colectiva son una estación de siembra, y la cosecha suele levantarse durante los periodos de desmovilización que les siguen, beneficiándose de ella los últimos en sumarse a la causa, y también las elites y las autoridades.

¿Por qué entran en declive los ciclos de protesta?; por fatiga ante la agitación cotidiana, por disputas faccionales internas, porque la organización acaba asfixiando las iniciativas personales, por la represión de las elites y, ante todo, por un motivo más sistémico, pues el poder de los movimientos depende de la movilización de oportunidades externas; si éstas se expanden a otros grupos, distintos del disidente, y pasan a las elites y a las autoridades, los movimientos pierden su principal fuente de poder.

Aquellos que ostentan el poder con inteligencia explotan la oportunidad, facilitando selectivamente los movimientos acordes con sus intereses de corto y largo plazo, mientras reprimen o desdeñan a otros que son irreperables o inocuos.

Tarrow se preguntaba en la década de los noventa si el mundo estaba iniciando un periodo de turbulencia generalizada, y la respuesta está en Tarir, en Plaza del Sol, en Plaza de la Constitución, en Wall Street, Tiananmen, en la *banlieu* parisina y en las calles de Santiago y en las de Bangkok, y acusadamente en las de Cisjordania.

Hoy, a diferencia de las pacifistas movilizaciones de los sesenta y setenta, hay “movimientos beligerantes”, movilizaciones de “enfrentamiento contenido” y de “activismo diferenciador”.

Al mismo tiempo que el antiguo imperio soviético se desmoronaba, florecían violentos movimientos sociales. En Oriente Medio y África septentrional, una serie de movimientos islámicos militantes, inspirados en la revolución iraní de 1979, plantaron cara a regímenes laicos como Egipto y a teocracias como Arabia Saudí. En África septentrional, uno de esos movimientos se hizo con el control de Sudán, mientras otro luchaba a muerte contra el gobierno argelino. En ningún otro lugar fue tan eléctrico su triunfo como en Afganistán, donde las milicias fundamentalistas se enfrentaron en una lucha interna sobre los restos del extinto régimen socialista.⁵⁴⁴

Añade: existen signos preocupantes de que la síntesis de paz social y expansión económica que se produjo en el núcleo de los países capitalistas en la posguerra puede estar igualmente llegando a su fin.

El funesto nacionalismo católico irlandés y la extrema derecha católica xenófoba y racista del Frente Nacional Francés, el católico Vlamsblok flamenco y el católico Partido de la Libertad Austriaca son heraldos de la nueva intolerancia y vehículos de la cólera irracional que la violencia de los *skin heads* ejemplifica elocuentemente, teniendo como blanco a los desempleados y a los inmigrantes, indefensos y aterrorizados. Estados Unidos no ha sido la excepción: movimientos militantes antigubernamentales y milicias armadas retaron al gobierno federal y atacaron iglesias e instituciones judías en el oeste y sudeste. En Texas (Waco), los miembros de una secta religiosa se incineraron cuando agentes federales intentaban desalojarlos del rancho en donde se atrincheraban. En Oklahoma City, una bomba, dirigida a infligir un golpe al gobierno, acabó con la vida de cientos de ciudadanos.

La “acción colectiva contenida” es la expresión de una actividad política no convencional que ha ganado su lugar hasta en la apacible Suiza la ejemplar Confederación Helvética. Son organizadas por grupos de interés, que dicen apoyar “asuntos distantes”, “grupos excluidos” o “el interés pú-

⁵⁴⁴ *Ibidem*, p. 282.

blico”, y combinan la denuncia con actividades más problemáticas, y en ellas las mujeres —afirma Tarrow— han sido más visibles, asumiendo roles directivos. Nada más habría que recordar a las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, que detonaron los procesos judiciales contra los torturadores y homicidas de las dictaduras militares vernáculas, o la protesta de *Greenham Common* contra las armas nucleares, exclusivamente femenina.

La “aceptación pública” de la legitimidad de las protestas se ve limitada a una estrecha gama de actos y ha disminuido en la mayoría de los países occidentales (Estados Unidos, Reino Unido, Francia y Alemania). En general, las muestras recogidas en los Estados Unidos y Europa indican que la cantidad de formas de enfrentamiento radical aceptadas y utilizadas en la práctica por los ciudadanos occidentales es más limitada de lo que era hace dos décadas, mientras las formas de acción colectiva del repertorio convencional se han visto más favorecidas.

La disminución de la militancia de masas no significa, según Tarrow, el declive del movimiento social clásico; no obstante, parece reflejar un deterioro; de las organizaciones de masa del movimiento disminuyen en número y militancia, aumentan los grupos de autoayuda, las comunidades de intenciones, las organizaciones de servicios y los partidos y grupos de interés; es, entre otros, el caso de *Los Verdes*, los auténticos, y no sus mistificaciones a la mexicana.

Los grupos de interés público no deben ser desdeñados por los puristas; proporcionan la cantera para nuevos activistas, sirven de segundas residencias del movimiento y son fuente de experiencias, información y comunicación para la organización de campañas de protesta que grupos más militantes no podrían montar por su cuenta. Especialmente en los periodos de calma entre un ciclo y otro de acción colectiva, los “grupos de interés” contribuyen a mantener vivos temas del programa de los movimientos y proporcionan expertos y recursos. A diferencia de otros activismos, hay en ocasiones, en los grupos de interés, un desentendimiento de lo político propiamente dicho con enfoques más bien sociales; el movimiento comunal norteamericano es un ejemplo de ello, e implica la participación directa.

Tales grupos sirven para mantener el consenso en torno a los principios del movimiento y ofrecen oportunidades para el desarrollo personal (Iglesias, centrales sindicales, colectivos de mujeres, de gays, de artistas). Son también las “asociaciones de solidaridad” con países del tercer mundo, colaboradores de los gobiernos. Los movimientos que forman parte de los Estados democráticos —concluye Tarrow— han aprendido a combinar la acción institucional y la no institucional. *Act up* es un ejemplo de ello en la lucha

contra el sida: actos de hostigamiento y “dramatizaciones” con *lobbies* de presión, comités especializados y estructuras coordinadoras.

¿Se está desarrollando una “sociedad del movimiento”? ¿Está convirtiéndose el nuevo orden, nacido en 1989, en un estado de violencia y desorden permanentes? ¿O se superará la actual plétora de movimientos étnicos y religiosos, quedando “domesticados” y mediatizados por el proceso político, como ocurrió en anteriores ciclos?, son las interesantes incógnitas que fertilizan nuevas reflexiones y temas novedosos de futuras investigaciones.